

TRASCENDENCIA Y MODERNIDAD DE MARC BLOCH
VISTAS POR UN ALUMNO *

A la memoria de Mario Góngora, eminente historiador, en particular de la tierra y de sus "inquilinos", de los que la trabajan o la controlan, como lo fue Marc Bloch en la Francia que don Mario conoció y amó.

El eminente historiador Marc Bloch fue también un gran profesor y maestro, cuyos cursos y seminarios marcaron profundamente a sus estudiantes, entre los cuales se contó el autor de estas líneas un poco antes de los años 1940. Tenía una insaciable curiosidad de investigador en archivos y bibliotecas, pero lo mismo sabía "leer en fuentes no escritas", ver y comprender los paisajes rurales o los monumentos y observar a los hombres, como lo hacen, cada uno en su lugar, el geógrafo, el arqueólogo y el antropólogo, practicando, pues, antes de la letra "lo interdisciplinario". Aunque los seminarios que seguí se referían entonces a la Edad Media, para él la historia no era "la ciencia del pasado", sino la del hombre, o, mejor dicho, de los hombres en el tiempo y aun en el espacio, pues consideraba que el presente que vivimos es estrechamente condicionado por el pasado y que ayuda a comprenderlo. El historiador Bloch trataba de comprender lo que ocurre o había ocurrido buscando las relaciones o vínculos entre los hechos. El profesor procuraba hacerlo comprender a sus alumnos, pues no separaba el saber y el entendimiento de la comunicación con los jóvenes, practicando la enseñanza con gran dedicación.

Con ser Marc Bloch un hombre discreto, de modales sencillos, su ciencia era inmensa. Como lo expresó hace poco su hijo Etienne Bloch, daba "la impresión de saberlo todo: lo mismo —dice— podía explicar

* Adaptación de una conferencia inédita de julio de 1986, organizada por la Universidad Santa María, de Caracas, para el centenario del nacimiento de Marc Bloch (1886-1944).

el sentido y la elegancia de una frase en latín que la significación profunda y las calidades artísticas de un capitel románico; la mentalidad del pueblo de París ante la tentativa del rey Luis XVI de huir al extranjero en 1791; las implicaciones de la entrevista con Hitler en Munich; capaz, además, de explicar cómo hacer un corte geológico o cálculo de probabilidades... Y esto sin hablar aquí de la música, de la pintura, de la literatura o de la filosofía...". Visitaba museos y exposiciones, le gustaba el cine, leía mucho, libros científicos y también novelas, aun en lenguas extranjeras, incluso novelas policíacas (¡hasta proyectaba escribir una!). Como vemos, tenía una extraordinaria vitalidad, y de él se hubiera podido decir que "nada de lo humano le era ajeno". Así se explica, más que su vocación, su pasión por la historia, tal como la ha definido. Pero tantas dotes eran también el fruto de un trabajo y un ejercicio constantes. Fuera de sus obligaciones profesionales y de algunas diversiones nobles o viajes interesantes con su familia, siempre muy bien planificados, no perdía ni un momento trabajando constantemente toda la mañana y toda la tarde, tanto en Estrasburgo, donde fue primero profesor, y luego en París, como en su casa de campo en el centro de Francia, en Fourgères, Creuse, donde lo visité por última vez el 25 de septiembre de 1942. Su mujer le asistía con inteligencia, clasificando sus fichas y papeles y mecanografiando sus artículos. Explica su hijo Etienne que aborrecía la pérdida de tiempo y el ocio, como si la vida fuera demasiado corta para no ocupar cada rato libre con algo inteligente y útil. No comprendía, por ejemplo, cómo se podía jugar a los naipes.

Exigente consigo mismo, Marc Bloch lo era naturalmente para con los demás. Nosotros, sus estudiantes, le teníamos un gran respeto, mezclado de cierta timidez, para no decir más de algunos, aunque el interés y la bondad que manifestaba también para nosotros hacía que le quisieran todos. Con ser relativamente severo, tenía probablemente la razón, pues los verdaderos jefes saben que deben hacerse respetar si no temer antes que se les quiera.

Junto con su íntimo amigo el historiador Lucien Febvre, en 1929 Marc Bloch funda la gran revista *Annales d'histoire économique et sociale*, que da a la historia esa dimensión socioeconómica de la que antes muy poco tenía. Dicha revista, cuyo nombre su discípulo Fernand Braudel cambiará en 1946 por el de *Annales. Economies, Sociétés. Civilisations*, convirtió a la nueva historia a los jóvenes y elementos más dinámicos de dos generaciones, no sólo en Francia, sino allende sus fronteras y en muchos países del mundo —recordemos que Braudel

fue profesor y amigo de Mario Góngora en París, abriéndole la revista donde éste publicó un importante artículo—¹.

Más allá de lo económico-social, los *Annales* introducían o reintroducían en gran escala a los actores colectivos del campo y de la ciudad, a los campesinos y al pueblo. En efecto, como dice Bloch, no es al *homo oeconomicus* ni a cualquier otro *homo* abstracto y sectorial, sino a los hombres de carne y hueso en acción que el historiador tiene que aprehender tras las actas notariales, los archivos helados o los documentos no escritos: por diversos que sean los hechos humanos, hay unidad en las conciencias. Además, posponía el acontecimiento individual (en francés *l'événement* y lo que llamarán más tarde "lo evenemencial"), siguiendo en parte la escuela sociológica fundada por Durkheim, que buscaba lo general.

Poco después de recibir Marc Bloch la cátedra de historia económica de la Sorbona, en 1936, fundó el "Institut d'Histoire et de Sociologie économiques", cuya tarjeta número 13 posee todavía firmada por él. Esta estrecha asociación, algo insólita entonces, de la historia y la sociología subraya también la orientación interdisciplinaria de Marc Bloch, que sentía la absoluta necesidad de comparar los hechos en el espacio y en el tiempo: daba, pues, nuevas dimensiones tanto a la historia como a la sociología, la primera haciéndose comparativa y la segunda adquiriendo una perspectiva más temporal e histórica.

Sin embargo, la historia más oficial, aunque ya amenazada por los *Annales*, seguía todavía una vía muy estrecha, preocupada tan sólo por reconocer y fundamentar hechos históricos considerados como únicos en su género: se practicaba una historia demasiado empírica, política y "evenemencial", seca y separada de las otras disciplinas. La llaman a veces "historia positivista", equivocadamente, ya que no admitía ninguna noción de ley, inseparable de la sociología de Augusto Comte.

Desde hacía tiempo, por cierto, en varios países de América algunos historiadores, al principio discípulos o continuadores de Comte, pero con su propia personalidad, no habían olvidado ni la dimensión socioeconómica, ni los actores colectivos, ni, sobre todo, la perspectiva comparativa. Tampoco ignoraban a los grandes autores del siglo XIX, de Tocqueville a Michelet y a otros, y, más tarde, aun a Marx, a Darwin, a Spencer . . ., pues eran eclécticos y muy personales. Se encontraban en México, en Brasil, en Colombia, en Venezuela, en Chi-

¹ Para esta afirmación y otras más abajo, ver una entrevista a Mario Góngora en *The Hispanic American Historical Review*, 64, 4, noviembre de 1983.

le... años antes de que Marc Bloch y Lucien Febvre fundaran los *Annales*. Entre todos estos historiadores-sociólogos, los más eminentes aparecen, pues, en cierta forma y con sus orientaciones propias, como unos precursores de la nueva historia.

En 1931 Marc Bloch había marcado con fuerza esta misma vía con una obra notable, la más original de todas a mis ojos. Ya había en Oslo, Noruega, un Instituto de Sociología para el Estudio Comparativo de las Civilizaciones ("Institutett for Sammenlignende Kulturforskning") que le invitó a dar algunas conferencias. Estas fueron el punto de partida de un libro, un extraordinario esfuerzo de síntesis, publicado bajo el título de *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*.

Las palabras "caracteres originales..." marcaban la vía sociológica que seguía el historiador Bloch comparando los resultados de sus propias investigaciones francesas con lo que podía saber a través de estudios ajenos sobre la historia rural de Inglaterra, de Alemania o de España. Más que toda la orientación interdisciplinaria era evidente la vinculación con la geografía, especialmente con la llamada "geografía humana", muy cultivada en Francia. Había sido ya asociada a la historia por el geógrafo Vidal de La Blache, autor del primer tomo de los 15 de la *Historia de Francia* de Lavissee, hacia principios de siglo. Ahí estudia "las sociedades en sus relaciones con el medio físico: intercambios en doble sentido, claro, donde el hombre modifica constantemente el medio al mismo tiempo que éste influye sobre aquél".

Volvemos a Marc Bloch, eminente discípulo del geógrafo, que fue más lejos que su maestro, como debe ser, estudiando a los campesinos a través de los siglos con mucho más precisión en sus técnicas y formas de poblar, de cultivar, de crear y organizar un paisaje rural: una historia muy lenta, a veces casi inmóvil, que remonta muy lejos, a la época neolítica, sin duda, cuando los cazadores y recolectores nómadas, deteniéndose, empezaron a sembrar la tierra. Es la "longue durée" o larga duración en la historia geográfica o "geohistoria", como dirá más tarde Fernand Braudel, ilustre discípulo de Bloch: una forma nueva, pues, de aprehender los cambios y las permanencias de una sociedad rural.

En el último caso aludido era imposible para un historiador, por lo menos de los años 1930, comenzar desde los orígenes prehistóricos

o siquiera de la Alta Edad Media desprovista de documentos escritos suficientemente explícitos. Esto llevó a Marc Bloch a otra innovación, que fue partir del presente para remontar lo más lejos posible en el pasado, practicando el método "regresivo" en la historia, según su propia expresión. De hecho, para el presente o para un pasado reciente, Marc Bloch siguió las vías de la geografía humana y de la antropología social. Observaba en el mismo terreno, directamente o a través de planos, catastros y fotografías aéreas, las formas y tamaños de los campos y parcelas, geométricos o irregulares, cerrados o abiertos; la disposición de las casas campesinas, dispersas o reunidas en pueblos, los tipos tan diversos de paisajes rurales, con o sin árboles entre los surcos, con muros de piedra o de espinas, etc., y, naturalmente, por detrás, a los hombres que lo hicieron todo.

Así, principalmente, a través de fuentes no escritas, Marc Bloch distinguió en el medio rural varias áreas de civilización con hondas raíces en un pasado sea mediterráneo (en gran parte común con el mundo hispánico), sea de orígenes más nórdicos, donde podía situar las huellas de comunidades campesinas muy antiguas.

Siendo Marc Bloch el maestro en este género de historia de la tierra y de los que la trabajan, hay que notar, sin embargo, que hacia la misma época, o aun antes, cundía independientemente en América un nuevo interés para estudiar a los campesinos indios o mestizos, sus comunidades y los problemas de tenencia de la tierra. El fenómeno tenía probablemente que ver con cierto auge del agrarismo y con las primeras reformas agrarias, particularmente la mexicana, con fines más prácticos y una orientación etnológico-indigenista. Así, en 1940 fundaban en México el "Instituto Nacional de Antropología e Historia", que asociaba dos disciplinas antes separadas y autárquicas para un trabajo común sobre el terreno.

Notemos, en fin, que recientemente en México fueron más allá de Marc Bloch, aclarando los orígenes lejanos del campesinado indígena a través del primer cultivo del maíz vinculado a la sedentarización de los nómadas: al equipo internacional del canadiense Mac Neish las nuevas técnicas de la prehistoria y la historia, de la arqueología y la geografía le hicieron posible lo que no lo era antes. Con todo, queda mucho por descubrir en la historia de los campos americanos (y europeos) si se les aplica el "método regresivo" de Marc Bloch, partiendo de la observación directa de los caracteres propios de las milpas, chácaras, pampas... indígenas o mestizas. Pero hay que darse prisa, pues en la agricultura como en todo lo demás la increíble "aceleración de la historia" que vivimos borra rápidamente las huellas

milenarias o más recientes de todo lo antiguo, tanto en América como en Europa y en todas partes.



Estudiando la tierra y, a través de ella, a los hombres que allí viven, no basta conocer las comunidades de campesinos que la trabajan, sino también a los jefes y señores que ocupan el poder, que en gran parte poseen el suelo y más tarde serán propietarios. Hay que conocer el señorío y el régimen señorial: aquí viene una palabra clave, que señala una realidad cuya importancia reconoce Marc Bloch casi desde la Antigüedad hasta nuestros días. Como lo explica, en efecto, el señorío es antes que todo una tierra, pero una tierra habitada por hombres súbditos del señor. Por eso ocupa un lugar destacado en *Los caracteres originales de la historia rural...* y vuelve a aparecer en otro libro posterior sobre *La sociedad feudal*, apoyando ya las demostraciones en más documentos escritos y en archivos. Pero, dice Bloch, no se debe confundir el régimen señorial con el régimen feudal, como lo hacen a menudo. Este último es una red de dependencias personales características de una aristocracia guerrera ya desaparecida. Por su parte, el régimen señorial es un tipo de sujeción más antiguo, más estable y más duradero, aun hasta nuestros días, en fin, más general en el mundo.

Bloch explica que el señorío territorial es doble en el espacio: por una parte un dominio o reserva (*indominicatum* en latín), directamente poseído y explotado por el amo o señor gracias a los servicios de trabajo que deben los sujetos, a cambio, por otra parte, de la ocupación perpetua por ellos de pedazos de tierra o tierras en el señorío. Todo el sistema oscila entre protección y opresión.

Sabemos que a Marc Bloch le gusta siempre comparar: aun cita las haciendas mexicanas de paso y sin insistir². Por mi parte, animado por él a seguir este tipo de estudio, pude precisar que en varias partes de la América hispánica arraigaron en las haciendas sistemas casi exactamente parecidos, o más duros aún por la situación colonial. En México y en los Andes del Alto Perú (Charcas) hemos estudiado esta forma de servidumbre de la tierra para los peones, yanaconas, colonos, huasipungos, etc., que sobrevivió en México hasta la Revolución

² *La Société féodale*, I, p. 371.

o hasta Cárdenas, y en los Andes peruanos a menudo hasta nuestros días. Nada extraño hay en esto, ya que en Francia, por ejemplo, estas huellas señoriales no fueron totalmente borradas hasta 1789, y que formas paralelas de servidumbre existían todavía en pleno siglo XIX en Alemania y en otras partes de España y Europa, como lo vio y enseña Alexis de Tocqueville en su libro *L'Ancien Régime et la Révolution*³.

En islas del Caribe o en costas tropicales, las plantaciones exportadoras de azúcar, alcohol, cacao y la presencia de costosos esclavos negros creaban un medio "capitalista" en gran parte diferente, que podía encontrarse también en algunas haciendas de Chile, exportadoras de trigo (no en todas, como lo vio Góngora). Será más probable, sin embargo, encontrar rasgos o huellas señoriales en las haciendas de los Andes templados o septentrionales poblados por descendientes de indígenas.

Más allá de sus temas europeos, los estudios, los métodos y las ideas de Marc Bloch tienen, pues, una trascendencia histórica que le confieren un interés general y casi un alcance universal. Directamente o no, son en parte responsables del auge moderno de los estudios sobre la tierra y la propiedad, particularmente en México, pero también en muchos otros países de América, como Venezuela, Chile, etc. Hay que subrayar, además, que las investigaciones de Marc Bloch sobre la tierra, o, mejor dicho, sobre los hombres que viven en ella, tienen perspectivas particularmente amplias. Así, el señorío tal como lo define, muy próximo a ciertos tipos de haciendas, es, según sus propias palabras, no sólo una "empresa económica", sino también un "grupo de mando" (*un groupe de commandement*). Es decir, sugiere que en el estudio histórico de las grandes haciendas de tipo señorial, lo mismo que en los señoríos, no hay que favorecer en forma exagerada las relaciones puramente económicas respecto de las demás relaciones humanas de poder, de dominación o sujeción, de protección, o sea, las jerarquías, los vínculos familiares o personales, las lealtades, y las relaciones de amo o señor a siervo: todo esto estructuró el mundo rural hasta un pasado muy próximo y dejó muchas huellas en el presente. Sin embargo, obras más o menos recientes que se sitúan en una perspectiva comparativista pretenden estudiar el llamado "sistema feudal" de las haciendas —"señorial" diría Bloch— exclusivamente desde

³ Ver mi ponencia de próxima publicación: *Servidumbre de la tierra y rasgos señoriales en el Alto Perú. Los yanaconas*, VII Simposio Internacional de Historia Económica, CLACSO-IEP, Lima 25 a 30 de junio de 1986.

el punto de vista de la producción y del *homo oeconomicus* que, por importante que sea, no da una cuenta completa de las cosas ni permite realmente comprenderlas. Por eso en años recientes una general objeción a los conformismos o valores admitidos por la rutina ha tachado de "economismo" el género aludido de historia. Hay que volver, pues, a las lecciones de Marc Bloch, que, por lo demás, dio toda su importancia a la dimensión económica, como lo sabemos, creando en 1929 los *Annales d'histoire économique et sociale* y escribiendo obras típicamente económicas, como su *Historia Comparada de la Moneda en Europa*. Es cierto que no hizo los gráficos y curvas que multiplican ahora los historiadores. Pero si la cuantificación y el uso de las computadoras deben llevarse lo más lejos posible, recordemos que se trata de simples técnicas al servicio de la historia, y en ninguna forma la historia misma, como algunos parecen creerlo: de esto era plenamente consciente Mario Góngora. Siendo el fin y la meta del historiador comprender los fenómenos, los métodos de Bloch permanecen esenciales para pensarlos, relacionarlos e integrarlos.



Hemos insistido sobre las obras de Bloch relacionadas con la tierra. Para completar esto haría falta tratar también acerca de otros trabajos muy importantes, siendo tan diversos y siempre innovadores en sus campos de investigación.

Uno de estos libros, de no menos de 542 páginas, publicado en 1924 y reeditado en 1983 con un prólogo del medievalista Le Goff, es *Les rois thaumaturges*, o sea, los reyes capaces de hacer milagros en la creencia popular. Es una encuesta antropológica, pero realizada a través del tiempo, en la larga duración histórica. Bloch busca los orígenes y la formación de sistemas de pensamiento, de creencias y leyendas, con sus símbolos y mitos, sus ritos mágicos y sus ceremonias religiosas: una obra admirada por Alphonse Dupront, un profesor y amigo de Mario Góngora.

Aunque sea este libro la primera gran obra de Bloch, muy anterior a las ya citadas, completa en forma original e innovadora la historia del poder feudo-señorial tratada en *Los caracteres originales...* y en *La sociedad feudal* estudiando su imagen vinculada a la del poder real en el *imaginaire*, en la *symbolique* y en la mitología populares. De ahí sale una "historia total del poder", que tiende a realizar "una

nueva historia política" (Le Goff). Más directamente que otras obras como *La sociedad feudal*, este libro representa también un ensayo de sicología colectiva y un caso ejemplar de "historia de las mentalidades": una vía muy seguida ahora por las nuevas generaciones de historiadores y una orientación cuya paternidad se debe atribuir a Marc Bloch, incluso por su expresión, la palabra *mentalité*, que emplea en este mismo sentido.

Así, la historia escrita y enseñada por Marc Bloch se sitúa siempre en sus límites con la geografía, la antropología, la sociología, la sicología, aun la lingüística o la semántica histórica, siendo las fronteras entre ciencias los espacios donde más se puede descubrir, como lo decía su amigo Lucien Febvre, cofundador de los *Annales*. Pero aun con su enorme capacidad de trabajo y síntesis Bloch tiene evidentemente plena conciencia de no dominar por sí solo tantas disciplinas, hoy por lo demás cada vez más difíciles y complejas. Reconoce que para empezar hay que hacer el análisis de algún aspecto particular de un problema. Por eso "el mundo actual —dice— tendrá siempre a sus especialistas", incluso en el campo de la historia. Pero estos últimos deben recordar que "las investigaciones históricas no sufren la autarquía", pues un especialista —digamos, de temas americanos— aislado en su propio campo de estudios "no comprenderá nunca nada, sino a medias". En nuestros primeros análisis, que deben ser de alcance limitado, debemos tener los ojos abiertos también hacia otras áreas o épocas y a otras formas de abordar el problema estudiado. En el futuro, dice, habrá que realizar estudios por equipos sobre grandes temas escogidos en común por los especialistas. Si no resulta siempre tan fácil —lo sabemos por experiencia—, no hay duda de que es y será el único medio de construir una ciencia social verdadera ciencia del hombre.



Así, Marc Bloch no sólo marca una nueva etapa en el desarrollo de la historia en relación con las otras ciencias sociales, sino que aparece como un precursor que en muchos aspectos no ha sido realmente superado y sigue siendo todavía un guía para los investigadores.

Si es cierto que, como muchos hombres de su generación, Marc Bloch llegó a expresar ideas religiosas diferentes de las de Mario Góngora, hay que recordar que su gran sentido del deber y su alto ideal se situaban en la misma y más pura línea del humanismo cristiano. Murió heroí-

camente en 1944 por la libertad y por los derechos de la persona humana frente a la opresión, llevando su ideal hasta el sacrificio total.

Su conceptualización de la historia permanece como la más equilibrada, que directa o indirectamente inspiró a insignes historiadores de la talla de Mario Góngora, y que en gran parte debe seguir inspirando a las nuevas generaciones americanas, europeas u otras que quieran tomar la delantera para llegar más allá del gran maestro, como siempre debe ser.